

Los esposos de la calle Rossetti*

Traducción de Teresa Meneses

Anton Vuk pertenecía a ese grupo disidente de eslovenos, ya presentes en Trieste, quienes al carecer de orientación ideológica y de clase trataban de resistir a la opresión fascista a costa de igualarla en intensidad y determinación. Liberales, clericales, social-cristianos y comunistas, cada uno parecía tan diferente del otro como los dedos de una mano. Pero los tiempos estaban madurando porque esa mano se cerraría para anular o esconder las diferencias y convertirse en un puño. La llanura de Gorizia, todavía en armonía con su paisaje de grabado decimonónico, con sus barrios contruidos en derredor a la iglesia y al infaltable tilo, que a menudo tomaban el nombre del santo patrono, San Andrés, San Pedro, hospedaba preponderantemente a eslovenos católicos para quienes fe religiosa y orgullo nacionalista se alimentaban recíprocamente. Los párrocos eran los agitadores de uno y de otro sentimiento. No por casualidad los social-cristianos de la zona estaban representados en el Parlamento de Roma por un sacerdote, don Virgilio, S'cek amigo íntimo de la casa Vuk, cuyo jefe de familia figuraba como uno de los que financiaba económicamente a su partido.

En Trieste, conforme al espíritu mercantil y laico de la ciudad, la comunidad eslovena se concentraba en su mayoría dentro de las filas del partido liberal, tal como había sucedido para la mayoría italiana de línea irredentista; pero también el proletariado comunista tenía su diputado en Roma. Aquí la batalla por la defensa de la propia identidad, y por el reconocimiento de unos derechos cada vez más impugnados, era trasladada a un terreno más propiamente cultural y de proyectos editoriales, proyectándose más allá de los astilleros y el puerto. Los grupos de choque fascistas, ala extrema de la burguesía ya irredentista se habían puesto en acción desde julio de 1920 golpeando a la minoría en el centro neurálgico que les imprimía orgullo y esperanzas. El cortejo de camisas negras partió de la plaza de la Unidad donde se habían reunido para protestar contra el asesinato de un oficial de la marina italiana perpetuado en Spalato por gendarmes yugoslavos que habían sido requeridos para proteger a la población del asalto de una motolancha. Los manifestantes pasaron cerca del bufete de Tomažič, destru-

yeron otros negocios eslovenos, y desfogaron su rabia prendiéndole fuego a la *Narodni Dom* o Casa del Pueblo, que concentraba las sedes de las más grandes instituciones culturales, financieras y deportivas, y que comprendía un hotel, un café y un restaurante. Desde entonces, al parejo con las restricciones del gobierno, una que otra vez anticipándolas y siempre estimulándolas, las incursiones contra centros de reunión y las agresiones en contra de ciudadanos eslovenos dejaron de contarse.

También en el territorio de Gorizia se quiso humillar y exasperar a los así llamados extranjeros, aquí en lo absoluto minoritarios, en su parte más celosa. Los fascistas irrumpieron en las iglesias para ordenar que se oficiaran las misas y se cantara en la lengua oficial del Estado, destruyeron los oratorios, golpearon a los sacerdotes y a los feligreses más renitentes. Expulsaron a los frailes de los conventos, comprendidos por los padres lazaristas de la montaña situada entre Merna y la costa cársica, e incluídos los capuchinos del Montesanto, la mítica Sveta Gora, persistente estrella cometa en el cielo de la cuenca. Impresionó más que cualquier otra la violencia sufrida la noche de Navidad por el organista del pueblo de Podgora. Después de ejecutar y cantar algunos cantos eslovenos, al salir de la iglesia el músico fue asaltado y obligado a beber aceite de máquina mezclado con benzol; murió después de seis semanas de horribles sufrimientos. Identificados los responsables y denunciados por el arzobispo, en el proceso los dos imputados principales fueron condenados a diez meses de prisión, los otros fueron absueltos.

Stanko creció en tal clima de vejaciones y abyecciones, que su sentimiento religioso se ribeteó con la nota dominante de la Semana Santa. Al igual que sus hermanas mayores asistió a las escuelas elementales eslovenas de Merna, luego a las escuelas de nivel medio en Gorizia. Vivía contra su voluntad en un colegio que acogía a los estudiantes eslovenos hasta del Alto Isonzo, entre ellos se encontraba Ciril Kosmač, destinado a convertirse en uno de los más grandes escritores contemporáneos y junto al cual el joven Vuk colaboró con sus primeros poemas en la modesta revista del convictorio. Inmediatamente después de la reforma Gentile, las escuelas de todas minorías étnicas cerraron definitiva-

* Tomado de *Gli sposi di via Rossetti*, editorial Mondadori, Italia, 1984.



mente sus puertas. Nuestro estudiante tuvo que cambiarse a las escuelas comerciales estatales donde rápidamente se distinguió de sus condiscípulos precisamente en el aprendizaje de una lengua que no era la suya. Ganó uno de los dos concursos regionales para el mejor tema escrito en italiano y cuyo premio fue ser recibido por Mussolini.

Los profesores eslovenos con un buen conocimiento de la lengua fueron empleados en las escuelas del Estado; los que manifestaron su oposición al acuerdo los mandaron confinados al sur de Italia, los otros se refugiaron en la Yugoslavia gobernada por el monarca serbio. A los estudiantes de nivel superior y universitarios no les quedó una opción muy diferente, pero la frontera debía atravesarse clandestinamente porque el pasaporte no les era concedido, especialmente a los jóvenes, con facilidad. No obstante su buen aprovechamiento, Stanko quería proseguir los estudios en su propia lengua. Con su hermana Jela planearon ahorrar dinero para que ambos se trasladaran a Lubiana. Un buen día se embolsó el dinero ahorrado por ella y se marchó para la capital eslovena sin decirle nada a nadie.

Esto sucedía en 1929, año de coyuntura para todos, especialmente para el viejo Vuk que se encontró despedido de la fábrica de calzado que pasó a manos de la administración comisarial; y tal vez el dolor de cabeza del hijo también fue un acto de protesta.

En Lubiana éste se inscribió en la Academia de comercio y encontró alojamiento en casa de una familia. Desde el principio no se sintió a gusto en el nuevo ambiente, lleno de gente de todas las nacionalidades y rico en manifestaciones culturales, pero difícilmente abordable respecto al de Gorizia.

Tampoco se encontraba más a gusto con sus anfitriones, una familia silenciosa en la que cada uno se entretenía con

sus cosas y a la hora de las comidas exigía su plato colmado que consumía con una gruñona melancolía. Era lo contrario de cuanto sucedía en la casa protegida por los tilos y por un muro de la iglesia, donde los muchacho Vuk se jalaban de los cabellos y se reconciliaban en unos minutos. Y a la hermana que le había robado sus ahorros, Stanko se sintió en plena libertad de describirle ese opuesto nexo familiar: "Nosotros unidos, ellos divididos; sus relaciones con la madre son las mismas que rigen entre los abonados a un comedor."

Sin embargo sus anfitriones tenían una hermosa hija, Darinka, con la que el estudiante se entendió de maravilla, tanto que se vió tratado como futuro yerno y futuro cuñado. Urgía irse y la propia Darinka, dulce, bonita, pero también ella mezquina al grado de vanagloriarse de haber cocinado para nueve personas tan sólo con treinta dinares** lo ayudó a encontrar un pequeño departamento independiente. Se hacían buena compañía. Iban de paseo de un puente a otro de la Lubiánica, bordeaban las casas de la ciudad vieja en las que se reflejaban, subían al castillo tan semejante al de Gorizia y salían del perímetro urbano adentrándose en el espeso bosque del Tívoli, con las ardillas que se acercaban como las palomas en Venecia. Pero Stanko se moría por poder introducirse en los ambientes culturales y necesitaba cada vez más dinero para el sustento diario, la vivienda, el abono quincenal al teatro y el reglamentario traje azul; no titubeaba en pedirle auxilio a la tierna mamá Rosalia con cartas de este tono: "Ven, escríbeme rápido para saber cuándo llegas. Date cuenta que podríamos no volver a vernos jamás. Piénsalo: nunca más. Pero espero que esto no suceda."

Logró acercarse a un grupo de escritores del mismo partido del padre, quienes le habían dado vida a una revista intitulada *El Fuego*. De entre ellos sobresalía el poeta y líder del partido social-cristiano Edvard Kocbek, futuro comandante partisano, luego controvertido ministro en la Yugoslavia de la posguerra. Totalmente en contacto con estos connacionales de sus mismas ideas pero que sin embargo resultaban un poco diferentes para él y para su gente, el goriziano descubrió su propia identidad de esloveno "occidental", inquieto, con tendencia a la vagancia y a una inventiva mutable, fantástica. Quizá en aquella breve estación de su vida, en la que los lugares nativos abandonados venían a plantársele no a las espaldas sino de frente, se remonta el primer bosquejo del único libro que nos legó, *Tierra de occidente*, que recoge poemas inspirados en sus personales inquietudes y cuentos sobre los personajes extravagantes de Merna. De Lubiana, que hospedaba a un número cada vez más creciente de expatriados de la región de Venezi Giulia, con los que intimaba citándose con ellos en la Unión y en el Slon, le quedará la tendencia a pasar largas horas del día en aquellos enormes cafés, silenciosos, de divanes de piel oscura y de iluminación discreta, que desde Viena y desde los Balcanes se propagan hasta Trieste. ◇

** Moneda yugoslava